

disipaba su fortuna en locos dispendios. Temiendo, con razon, que surgieran cuestiones y disputas entre las dos colonias, el príncipe Edris las había separado, señalando á cada una un barrio que tenía su mezquita, su bazar, su casa de moneda y hasta su muralla; pero á despecho de esta precaucion, árabes y andaluces vivieron durante muchos siglos en un estado de hostilidad á veces latente, frecuentemente fragante, y á menudo un terreno neutral que había á lo largo de la ribera que separaba entrambos barrios, fué teatro de sus combates. (1)

Al paso que los Cordobeses, despues de haber visto degollar á sus padres, á sus mujeres y á sus hijos, expiaban su rebelion con el destierro, los faquíes mas culpables que ellos, obtuvieron gracia. Apenas reprimida la insurreccion, ya les dió Haquem pruebas de su clemencia.

Habiéndose dado la orden de arrestar y condenar á muerte á aquellos de quienes se sospechára que había excitado á la rebelion por mas que nó hubiera tomado en ella parte ostensible, los agentes de policia descu-

(1) «Cartás,» p. 21-23, 25, 70, 71. Becri en las «Notices et Extracts,» t. XII p. 574-577.

brieron la guarida de un faquí que se había escondido en el serrallo de un cadí que era su pariente.

Cuando ya lo iban á matar el cadí, atraído por los gritos de sus mugeres acudió á toda prisa; pero en vano se esforzó en hacer que lo soltaran diciendo que lo habian preso equivocadamente, se le respondió con tono altanero que habian recibido órdenes terminantes y que las ejecutarían. Entónces el cadí fué á palacio, y habiendo obtenido una audiencia dijo al sultan: «Señor, el «Profeta fué demente pues que perdonó y «colmó de beneficios á los coreiscitas que lo «habian combatido. Nadie mas que vos en «el mundo que sois de su misma familia «debe imitarlo.» Luego le refirió lo que acababa de suceder y cuando hubo terminado de hablar, el monarca, conmovido y enternecido, hizo no solo soltar al preso en cuestion, sino que indultó tambien á los otros faquies, (1) que en su mayoría se habian refugiado en Toledo, les devolvió sus bienes y les permitió fijarse en la provincia de España que quisieran, escepto Córdoba y sus cercanías. (2) El mismo Yahya que habia

(1) Khochanni, p. 250.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 79.

buscado un asilo en una tribu berberisca fué perdonado, y lo que es más obtuvo permiso para volver á la córte, y el monarca le otorgó de nuevo su favor. (1) Algunos sin embargo, fueron excluidos de la amnistía, de este número fué Talut, de la tribu árabe de Moafir. Este discípulo de Malic, que se habia señalado como uno de los más atrevidos demagogos, estaba oculto en casa de un judío; pero cansado al año de su voluntaria cautividad, aunque el judío nada habia omitido para hacerle agradable su refugio; habló á su huésped en estos términos: «Tengo intencion de dejar mañana vuestra casa donde he hallado una hospitalidad que jamás olvidaré para ir á la corte del visir Abu-'l-Basam, que á lo que he oido decir tiene mucha influencia en la corte, y que me debe algun reconocimiento, pues que ha sido mi discípulo. Acaso quiera interceder por mí con «ese hombre.»—Señor, le contestó el judío, no os fieis de un cortesano que acaso sea capaz de venderos. Si me quereis dejar porque «temeis serme gravoso, yo os juro que aunque permaneciérais en mi casa toda la vida

(1) Nowairi, p. 454.

no me causaríais la menor molestia.» Pero á pesar de las súplicas del judío, Talut persistió en su proyecto, y al día siguiente aprovechó la caída de la tarde para pasar desapercibido al palacio del visir.

Abu-'l-Basam se estrañó mucho de ver entrar en su casa aquel proscrito que creía cien léguas de Córdoba. «Seais bien venido, le dijo, haciéndolo sentar á su lado; pero de dónde venís y donde habeis estado en este tiempo?» Entónces el faquí le contó con cuánto interés le habia ocultado el judío y añadió: «He venido á vuestra casa para suplicaros que seiais mi intercesor con «ese hombre.» (1) «Estad tranquilo que yo he de hacer todo lo que pueda para que os indulte, lo que por lo demás no será difícil pues el sultan siente haber sido tan severo. Quedad esta noche en casa que mañana yo iré á ver al príncipe.»

Completamente tranquilo con estas palabras Talut durmió aquella noche con el sueño del justo. Léjos estaba de suponer que el huésped, que lo había recibido con tanta benevolencia, y le había hecho promesas tan halagüeñas para el porvenir pensa-

(1) Abd-al-wahid, p. 14; cf. Ibn-al-Cutia, fóllo 22 r.

ra venderlo y entregarlo al príncipe. Esta era sin embargo la intencion que alimentaba aquel hombre disimulado y pérfido, cuando se presentó en palacio á la mañana siguiente despues de haber tomado las medidas necesarias para impedir la evasion del faquí. «¿Qué os parece, dijo al príncipe con maligna sonrisa, de un carnero cebado que no haya dejado el pesebre en todo el año?» No sospechando segunda intencion en lo que el visir acababa de decirle, Haquem le contestó gravemente: «La carne encerrada es pesada; encuentro más ligera y succulenta la del animal que se ha dejado pacer en libertad. —No es eso lo que os quiero decir, continuó el visir, es que tengo á Talut en mi casa.— De veras! Y de qué modo ha caido en tu poder?—Con algunas palabras benévolas.»

Entónces Haquem mandó que se le trajera á Talut. Este, al entrar en la sala donde se hallaba el monarca, temblaba de miedo. Y sin embargo, éste no tenia el aire irritado, cuando le dijo con un tono de dulce reproche: «Contesta de buena fé, Talut: si tu padre ó tu hermano se hubieran sentado en el trono, te hubieran otorgado tantos honores como yo? Siempre que has pedido mi proteccion para tí ó para otros, no hé

hecho todo lo posible para contentarle? Durante tu enfermedad, no te he visitado en persona muchas veces? Cuando murió tu mujer, no fui por tí á la puerta de tu casa? No acompañé á pié su entierro desde el arrabal? Y cuando concluyó, no te llevé otra vez á tu casa?.... Y cómo me lo has pagado!.. Has querido mancillar mi honra, profanar mi magestad!... ¡verter mi sangre!..

Á medida que hablaba el monarca, Talut se había serenado, y convencido ahora de que su vida no corría peligro, recobró su audacia y sangre fría habituales. Haquem, había pensado enternecerle, pero Talut poco conmovido, y demasiado orgulloso para confesarse ingrato y culpable, le contestó con altiva sequedad: «Nada mejor puedo hacer que deciros la verdad: al odiaros he obedecido á Dios; desde entónces todos vuestros beneficios no servian de nada.»

Al escuchar estas palabras, que parecian un desafío, Haquem no pudo reprimir un movimiento de cólera, pero dominándose en seguida, le contestó con calma. «Cuando te mandé traer, estaba recordando todos los géneros que hay de suplicios para elegir el más cruel para tí, mas ahora te digo: el que

tú pretendes que te ha ordenado odiarme, ese me manda á mí que te perdone. Vive, sé libre y que Dios te guarde! Mientras yo viva, te juro por el Omnipotente, que has de estar como ántes, rodeado de favores y de homenajes... Ojalá, añadió suspirando, que lo que ha pasado no hubiera pasado!»

Era posible hacer comprender al teólogo con más delicadeza y más dulzura, que Dios no ordena jamás el ódio? Y sin embargo, Talut hizo como que no comprendía la lección que acababa de recibir; acaso el orgullo estaba demasiado arraigado en su alma de bronce, para que pudiera comprenderla. Sin pronunciar una sola palabra de reconocimiento, solo contestó á las últimas del príncipe: «Mejor hubiera sido para vos que lo que ha pasado no hubiera pasado ..» Esto era tanto como amenazar al monarca con un castigo terrible en la otra vida; pero aunque Haquem estaba convencido de que la justicia estaba de su parte y no de la de los faqués, tenía la firme intención de conservar hasta el fin su sangre fría, y haciendo como que no había oído lo que Talut acababa de decirle, preguntó: «Dónde te ha preso Abu-'l-Basam?—No es él el que me ha preso; he sido yo quien se ha puesto en

sus manos. Vine á buscarle en nombre de nuestra antigua amistad.--Y en dónde has estado todo el año?--En casa de un judío de la ciudad. Entónces, dirigiéndose á Abu-'l-Basam, testigo mudo de esta conversacion, le dijo Haquem profundamente indignado: «Y qué, un judío ha sabido honrar la piedad y la ciencia en un hombre que profesa una religion diferente de la suya, y le ha dado asilo, esponiendo á mi resentimiento su fortuna, su persona y las de su mujer y sus hijos, y tú, tú has querido hacerme caer de nuevo en excesos de que me arrepiento! Vete, vete de ahí, y no vuelvas á manchar mis ojos con tu presencia!

El pérfido visir cayó en desgracia, y Talut, por el contrario no dejó de gozar hasta su muerte del favor de Haquem, que se dignó acompañar su entierro. (1)

Así Haquem, despiadado para los labradores del arrabal, como lo había sido ántes para los vecinos de Toledo, no lo fué para los faquies. Es que los unos eran árabes ó

(1) Ibn-al-Cútia, fól. 22 r.-23 r. En una tradicion referida por Maccari, (t. I, p. 900,) el carácter de Talub, se presenta á una luz mas favorable, pero yo he creido deber reproducir la narracion mas circunstanciada de Ibn-al-Cutia.

berberes y los otros nó. Haquem, como verdadero Árabe, tiene dos pesos y dos medidas; contra los antiguos habitantes del país á quienes menospreciaba, creía que todo le era permitido, si desconocian su autoridad, pero cuando se trataba de rebéldes de su propia casta, los perdonaba de grado. Verdad es, que los historiadores Árabes han explicado de otro modo la clemencia de Haquem, atribuyéndola á remordimientos de conciencia. (1) No pretendemos negar que Haquem, cruel y feróz por intérvalos, pero que volvía siempre á sentimientos mas humanos, no se haya reprochado como crímenes algunas de las órdenes que había dado en un momento de furor, como cuando hizo degollar á los faquies presos en la Rotonda pero nos parece sin embargo que los clientes Omeyas, que escribiendo la historia de sus patronos, hacian esfuerzos inauditos para rehabilitar la memoria de un príncipe relegado por el clero (2) á los abismos del infierno, han exagerado su arrepentimiento porque á juzgar por el propio testimonio de Haquem

(1) Véase Ibn-al-Cutia, fól. 23 r; Ibn-Adhari, t. II, p. 82.

(2) Véase Ibn-ai-Abbar, p. 41; «Akhbar madjmua,» fól. 104 v., Ibn-al-Cutia, fól. 23 v., 24 r.

es decir, por los versos que dirigió á su hijo, poco tiempo ántes de morir, estaba firmemente convencido de que tenía el derecho de obrar como lo había hecho. Hé aquí éstos versos, con los que terminaremos esta narracion.

Como el sastre se sirve de su aguja para coser los pedazos de tela, yo me servido de mi espada para juntar mis provincias desunidas, porque desde que tuve uso de razones me ha repugnado tanto como el desmembramiento del imperio. Pregunta ahora á mis fronteras si algun lugar está en poder del enemigo. Ellas te dirán que nó, mas si te dijeran que sí, yo volaría allí armado de coraza y con la espada en la mano. Pregunta á los cráneos de mis súbditos rebeldes, que semejantes á la coluquintida, partidas en dos yacen por los suelos y brillan á los rayos del sol, y ellos te dirán si los he herido sin descanso. Embargados por el terror huian los insurrectos para escapar á la muerte, pero yo siempre en mi puesto la menospreciaba. Si no he perdonado á sus mugeres ni á sus hijos es porque ellos habian amenazado á mi familia y á mí, y el que no sabe vengar los ultrajes que se han hecho á su familia carece de honor, y el mundo entero lo desprecia. Cuando concluimos de cambiar estocadas, yo los obligué á beber mi veneno mor-

tal, pero ¿he hecho otra cosa que pagar la deuda que me obligaron á contraer con ellos? En verdad que si han encontrado la muerte es porque este era su destino. Te dejo pacíficas mis provincias, hijo mio. Son un lecho sobre el que puedes dormir tranquilo, porque he tenido cuidado que ningun rebelde pueda turbar tu sueño. (1)



P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

(1) «Apud» Ibn-Adharí, t. II, p. 73, 74. En el primer verso se debe leer «raabto» (en lugar de raaito) y rakia en lugar de riakiman, estas dos lecciones las únicas verdaderas se hallan en Maccari, t. I, p. 220.

V.

Nunca la corte de los sultanes españoles fué tan brillante como llegó á serlo bajo el reinado de Abderramen II, hijo y sucesor de Haquem. Enamorado de la soberbia prodigalidad de los califas de Bagdad y de su vida de pompa y aparato, este monarca se rodea de una numerosa servidumbre, embellece su capital, hace construir con grandes dispendios puentes, mezquitas y palacios, y planta vastos y magníficos jardines, en los que conducidos por canales, corrian los torrentes de las montañas. (1)

(1) Ibn-Adharí, t. II, p. 93; Maccari, t. I, página 223; Eulogio, «Memor Sanct.» L. II, c. I.

Gustaba también de la poesía, y si los versos que hacía pasar por suyos no lo eran siempre, recompensaba por lo menos generosamente á los poetas que lo ayudaban. Por lo demás, era dulce, fácil y bueno hasta rayar en débil. Aun cuando viera con sus mismos ojos que lo robaban sus criados no los castigaba. Durante toda su vida se dejó dominar por un faquí, por un músico, por una muger y por un eunuco.

El faquí, era el Berberisco Yahya, á quien ya conocemos como el principal instigador de la rebelion del arrabal. El mal éxito de esta tentativa, le habia convencido de que iba por mal camino, que el clero para ser poderoso léjos de mostrarse hostil al príncipe, debia alcanzar su favor con destreza y apoyarse en él. Aunque su natural altivo é impetuoso se doblgara difícilmente al papel que se habia propuesto representar, su falta de consideracion, su áspera franqueza, y su agreste sequedad, no le perjudicaban mucho en el concepto del devoto monarca, que aunque habia estudiado filosofía, (1) era muy piadoso y tomaba la cólera del altivo doctor, por arrebatos de vir-

(1) Maccari, t. I, p. 223.

tuosa indignacion. Toleraba pues, sus palabras atrevidas y hasta sus enojos, se sometia dócilmente á las rudas penitencias que este severo confesor le imponía, (1) bajaba la cabeza ante el poder de este tribuno religioso y le abandonaba el gobierno de la Iglesia y la direccion de la judicatura. Reverenciado por el monarca, sostenido por la mayor parte de los faquíes, por la clase media que lo temía, (2) por el pueblo, bajo, cuya causa desde la rebelion se habia identificado con la suya, y hasta por ciertos poetas, especie de gente cuyo apoyo no era de desdeñar, Yahya gozaba de un poder inmenso. Déspota en el fondo de su alma, aunque ántes hubiera escarnecido el despotismo, lo ejercía sin escrúpulo ahora que las circunstancias lo convidaban á ello. Si querian conservar sus puestos, los jueces habian de ser ciegos instrumentos de su voluntad. El sultan que tenía algunas veces la veleidad de querer emanciparse del imperio, que Yahya se habia abrogado sobre él, prometía mas de lo que podía cumplir,

(1) Véase Ibn-Khallican, Fac. X, p. 20, ed. Wustenfeld.

(2) Véase Khochani, p. 257.

comprometiéndose á sostenerlos (1) Yahya anonadaba á todos los que osaban resistirle, pero por lo común cuando quería deshacerse de un cadí, no tenía mas que decirle: «Presenta tu dimision.» (2)

No era menor la influencia de Ziriyab el músico, bien que se ejerciese en otra esfera. Era de Bagdad, persa de origen, á lo que parece, y cliente de los Califas Abasidas. Había aprendido la música con el célebre cantor Ishac Maucili, cuando un dia Harum-ar-Rachid preguntó á este último si nó tenía otro nuevo cantor que presentarle. «Tengo un discípulo que canta bastante bien, gracias á mis lecciones; le respondió Ishac, y tengo motivos para creer que ha de honrarme algun dia.—Dile, pues que venga á verme,» le respondió el Califa. Presentado al monarca, ganóse desde luego su estimacion, por lo distinguido de sus maneras, y por lo ameno de su conversacion; luego, preguntado por sus conocimientos músicos, contestó: «Sé lo que los otros saben, pero además sé lo que los otros no saben. Mi estilo propio no es sino para un

(1) Véase Khochani p. 265-6.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 83.

inteligente tan práctico como vuestra señoría. Si quereis, voy á cantar lo que jamás se ha oido.» Habiendo consentido el Califa, se le entregó el laud de su maestro; pero él rehusó servirse de él, y pidió otro que él mismo había construido. «Por qué rehusas el laud de Ishac, le preguntó el Califa.—Si vuestra señoría desea que le cante alguna cosa por el método de mi maestro, le respondió Ziryab, me acompañaré con su laud, pero si quereis conocer el que yo he inventado, es de todo punto necesario que use el mio.» Acerca de lo cual, esplicó el modo con que había construido su laud, y se puso á cantar una canción que había compuesto. Era una oda en alabanza de Harum, y entusiasmó á tal punto á este monarca, que reprochó duramente á Ishac el no haberle presentado ántes este maravilloso cantor. Ishac se escusó diciendo lo que era verdad, que Ziryab le había ocultado cuidadosamente, que cantaba de invención; pero luego que se encontró á solas con su discípulo, le dijo: «Me has engañado indignamente ocultándome toda la estension de tu talento: voy á ser franco contigo: estoy celoso de ti, como lo están siempre artistas iguales que cultivan el mismo arte.

Además, has agradado al Califa, y sé que pronto vas á suplantarme en su favor. Esto no se lo perdonaría ni á mi propio hijo; y si nó fuera porque te conservo un resto del cariño de maestro, no tendría el menor escrúpulo en matarte, suceda lo que quiera... Elije, pues, entre estos dos partidos: ó vé á establecerte léjos, jurándome que nunca volveré á oír hablar de tí, y entónces te daré para tus gastos lo que quieras, ó quédate contra mi voluntad; mas te prevengo que entónces todo lo arriesgaré para perderte. Elije pues!» Ziryab no dudó acerca del partido que debía de tomar: dejó á Bagdad despues de haber tomado el dinero que Ishac le ofrecía. Algun tiempo despues, el Califa ordenó de nuevo á Ishac que le llevara su discípulo: «Siento no poder complaceros, le respondió el músico. Este jóven está poseido, cree que los génios le hablan y le inspiran los aires que compone, y está tan orgulloso de su talento, que se cree sin igual en el mundo. No habiendosido recompensado, ni vuelto á llamar por vos, ha creido que no apreciáis su talento y se ha marchado furioso. Ignoro dónde está ahora, pero dad gracias á Dios de que se haya marchado, porque tenía accesos de locura, y

entonces daba miedo de verlo » El Califa, aunque sintiendo la partida del joven músico, que le inspiraba tan grandes esperanzas, se contentó con las razones Ishac. Y había algo de verdad en las palabras del antiguo maestro: durante su sueño, Zir-yab creía realmente oír cantar á los gé-nios; entonces se desvelaba sobresaltado, saltaba del lecho, llamaba á Ghazlan y Honaida, dos de las muchachas de su serrallo, les hacía tomar sus laudes, les enseñaba el aire que en sueños había escuchado, y él mismo les escribía la letra. Esto, bien lo sabía Ishac, no era locura; despues de todo, que verdadero artista, crea en los gé-nios ó nó crea, no ha conocido alguno de esos momentos en que se está bajo el imperio de una emoción difícilísima de definir, pero que parece tener algo de sobrehumano?

Ziryab fué á buscar fortuna al Occidente. Desde África escribió al Sultán español Haquem, diciéndole que deseaba establecerse en su córte, y el príncipe quedó tan contento de esta carta, que le respondió instándole á que viniera á Córdoba en seguida, y ofreciéndole un sueldo considerable. Pasó, pues Zir-yab el Estrecho, con sus mujeres y sus hijos; pero apenas había desembarcado

en Algeciras, cuando supo que Haquem acababa de morir. Descorazonado con esta nueva, se proponía ya volver al África, cuando el músico judío Manzur, que Haquem había enviado á esperarle, le hizo abandonar este proyecto, diciéndole que Abderramen II no gustaba ménos de la música que su padre, y que no recompensaría sin duda á los artistas con menor generosidad. Los hechos mostraron que no se había engañado. Sabedor de la llegada de Ziriyab, Abderramen II le escribió, invitándole á venir á su Córte, ordenó á los gobernadores que le tratasen con las mayores consideraciones y mandó á uno de sus principales eunucos á ofrecerle caballerías y otros presentes. En Córdoba, Ziriyab fué alojado en una casa soberbia. El Sultan le concedió tres dias para descansar de las fatigas del viaje, pasados los cuales le invitó á palacio. Comenzó la conversacion haciéndole saber las condiciones con que quería retenerlo en Córdoba. Eran magníficas: Ziriyab tendría una pensión fija de doscientas monedas de oro al mes y cuatro gratificaciones anuales, á saber: mil monedas de oro en cada una de las dos grandes festividades musulmanas; quinientas en la de S. Juan, y otras quinientas

el día de año nuevo, y además recibiría anualmente doscientos sextarios de cebada y ciento de trigo: concedióle por último el usufruto de un cierto número de casas de campo y jardines, que juntos representaban un capital de cuarenta mil monedas de oro. Solo después de haberle asegurado tan hermosa fortuna, fué cuando Abderramen rogó á Ziryab que cantára, y cuando este hubo satisfecho su deseo, quedó el monarca tan prendado de su talento, que en adelante no quiso escuchar á otro alguno. Vivía con él en la mayor intimidad, y gustaba de conversar acerca de historia, de poesía y de todas las ciencias y artes, porque este músico extraordinario, tenía los conocimientos más extensos y variados; sin contar con que era excelente poeta y sabía de memoria la letra y la música de diez mil canciones; había estudiado también astronomía y geografía, y nada había más instructivo que oírle discurrir sobre los diferentes países y las costumbres de sus habitantes. Pero más que por su inmenso saber, por lo que más llamaba la atención era por su ingenio, por su gusto, por la estremada distinción de sus modales. Ninguno más ducho en las gracias de la conversación; ninguno poseía en igual

grado el instinto de lo bello y el sentimiento del arte en todas las cosas; ninguno se vestía con tanta gracia y elegancia, ninguno sabía disponer tan bien una fiesta ni una comida: se le consideraba como un hombre superior, como un modelo del buen tono: respecto á lo que llegó á ser, el legislador de la España Árabe. Sus innovaciones fueron atrevidas é innumerables; hizo una completa revolucion en las costumbres. Antes se llevaban los cabellos largos y divididos en la frente, y se ponian en la mesa vasos de oro ó de plata, y manteles de hilo; ahora se llevaban los cabellos al rape, los vasos eran de cristal y los manteles de cuero. Así lo había querido Ziryab. Determinaba las diversas clases de vestidos que se habian de llevar en cada estacion; enseñó á los árabes españoles que los espárragos son un manjar delicioso, en lo que ellos no habian pensado ántes; muchos de los platos que inventó conservaron su nombre; en fin, se tomaba por modelo hasta para las menores bagatelas de la vida elegante, y con una fortuna acaso única en los anales del mundo, el nombre de este hechicero epicúreo ha permanecido célebre hasta los últimos tiempos de la dominacion musulmana en España, como el

de los sábios ilustres, el de los grandes poetas, el de los grandes generales, el de los grandes ministros y el de los grandes principes. (1)

Por lo demás, aunque Ziriyab hubiera logrado tal ascendiente en el ánimo de Abderramen, que el pueblo se dirigía con preferencia á él, cuando quería hacer saber al monarca sus deseos, (2) no parece que se mezclara mucho en la política. Conocía demasiado bien la vida para no encontrar que eran cosas de mal tono discutir los negocios del Estado, tramar complót ó seguir negociaciones en medio de los placeres de una fiesta, y dejaba estas cosas á la Sultana Tarub y al eunuco Nazr. (3) Era Tarub un alma egoísta y seca, hecha para la intriga y devorada por la sed de oro. Vendía, no su amor, estas mujeres no lo tienen, sino su posesion ya por un collar de precio fabuloso, ya por sacos de plata, que su marido hacía colocar en su puerta cuando re-

(1) Véase la biografía de Ziriyab en Maccari, t. II, p. 83 y sig.

(2) Véase Khochani, p. 207.

(3) Véase Maccari, t. I, p. 225.

husaba abrirla. (1) Dura, ávida y política, estaba ligada con un hombre enteramente parecido el pérfido y cruel Nazr. Hijo de un español que ni siquiera hablaba árabe, (2) este eunuco odiaba á los cristianos verdaderamente piadosos, con todo el ódio de un apóstata.

Hé aquí lo que era la córte en esta época. En cuanto al país estaba léjos de estar tranquilo. En la provincia de Murcia hubo una guerra que duró siete años entre yemenitas y maádditas. Mérida estaba casi siempre en revolucion: los cristianos de esta ciudad estaban en correspondencia con Ludovico Pio y se concertaban con él. (3) Toledo se rebeló también, y en los alrededores de esta ciudad hubo una verdadera «jaquería.»

Pocos años despues de la jornada del foso, los toledanos habian recobrado su independencia, y destruido el castillo de Amrú. Para resarcirse de esta presa, Haquem, habia apelado de nuevo á la astucia. Saliendo

(1) Véare Maccari, t. II, p. 224-5; Ibn-Adhari, t. II, p. 94-5.

(2) Véase Khochani, p. 277.

(3) Véase la carta de Ludovico Pio á los cristianos de Mérida en la «España Sagrada», t. XIII, página 416.

de Córdoba bajo pretesto de hacer una razia en Cataluña, estableció su campo en el distrito de Murcia, y cuando sus espías le confirmaron de que los toledanos se creían tan poco en peligro, que ni aun cuidaban de cerrar las puertas de la ciudad durante la noche, llegó de repente delante de una de ellas y encontrándola abierta se hizo dueño de la plaza sin combate. Entónces mandó quemar todas las casas situadas en la parte alta de la ciudad. (1) Entre ellas se hallan la de un jóven renegado llamado Hachim, que llegó encueros á Córdoba y que para ganarse la vida tuvo que ponerse á herrero. Ardiendo en deseos de vengar sus propias injurias y las de sus conciudadanos, fraguó un complot con los obreros, de Toledo y dejó á Córdoba para volver de nuevo á su ciudad natal, donde se puso á la cabeza del populacho que arrojó á los soldados y á los partidarios de Abderramen II. (829) Enseguida comenzó á recorrer el pais con su partida, robando y quemando las ciudades habitadas por árabes y berberes. Esta partida se hacia cada vez mas formidable, de

(1) Ibn-Adhari; t. II, p. 76, 85; Nowairi, página 459.

todas partes acudían á ella obreros, campesinos, esclavos y aventureros de toda clase. Por orden de Aberramen, Mahomed Ibn-Wasin, gobernador de la frontera, envió tropas contra estos bandidos, pero se vieron obligadas á retirarse, y durante un año entero el herrero pudo continuar impunemente sus devastaciones. Al fin, el gobernador que habia recibido refuerzos y que habia sido duramente reprendido por su inaccion, volvió á tomar la ofensiva y con mejor éxito esta vez, pues despues de un combate que duró muchos dias, la partida que perdió su gefe fué dispersada. (1) Sin embargo, Toledo estaba libre todavía. El año 834, Abderramen, mandó sitiaria al príncipe Omeya, pero los toledanos rechazaron victoriosamente los ataques, de suerte que Omeya despues de haber desvastado los campos circundantes, tuvo que levantar el sitio y volverse á Córdoba. Cuando vieron los toledanos alejarse el ejército enemigo, resolvieron hostigarle en la retirada, pero Omeya, habia dejado en Calatrava un cuerpo de tropas mandado por el renegado Mai-

(1) Nowairi, p. 458; Ibn-Adhari, t. II, p. 85, 86; Ibn-Khaldun, fól. 7 v.

sara, que noticioso del designio de los toledanos, les preparó una emboscada. Estos, atacados de improviso sufrieron una terrible derrota. Segun costumbre, los soldados de Maisara presentaron á su capitan las cabezas de los enemigos muertos en la pelea, pero el amor pátrio no se habia extinguido en el corazon del renegado. Á la vista de aquellas cabezas mutiladas, se despertaron enérgicamente sus sentimientos patrióticos, se reprochó con amargura su adhesion á los opresores de su país y á los pocos dias espiró de vergüenza y de dolor.

Sin embargo, aunque el sultan pudo causar de tiempo en tiempo pérdidas á Toledo, no pudo sujetarla mientras reinó en ella la concordia. Desgraciadamente esta concordia desapareció. Ignoramos lo que ocurrió en la ciudad, mas lo que despues sucedió en 873 nos hace suponer que estalló la discordia entre cristianos y renegados. Un jefe toledano que se llamaba Ibn-Mohádjir, y que era al parecer un renegado, abandonó con sus partidarios á Toledo y vino á ofrecer sus servicios al gobernador de Calatrava (836), que se apresuró á aceptar sus proposiciones. Siguiendo los consejos de los emigrados se resolvió investir la ciudad

y privarla de subsistencias, y el príncipe Walid, hermano del monarca fué el encargado de la direccion del sitio. Ya duraba este un año, durante el que el hambre hacía estragos en la ciudad, cuando un parlamentario enviado por el general árabe vino á aconsejar á los toledanos la rendicion, visto que pronto se verían obligados á entregarse y que valía mas aprovechar el momento en que todavía podían obtener algunas condiciones. Rehusaron los toledanos, pero desgraciadamente para ellos el parlamentario que habia sido testigo de su valor, lo fué tambien de su debilidad y de vuelta aconsejó al general dar un asalto vigoroso. Así lo hizo Walid, y Toledo fué tomada (16 de junio 837,) despues de haber gozado cerca de ocho años de una completa independendia. Los anales no nos cuentan cómo trató el sultan á sus habitantes, sólo dicen que Abderramen, les tomó rehenes y que hizo reconstruir el castillo de Amrú.

En los últimos años del reinado de Abderramen, los cristianos de Córdoba intentaron una rebelion de un género enteramente escepcional. Sobre ella llamamos ahora la atencion de nuestros lectores. Los

escritores latinos del siglo IX, nos suministran multitud de datos, no sólo sobre esta rebelion sino sobre la manera de ser, los sentimientos y las ideas de los cristianos cordobeses, y nosotros trataremos de reproducir fielmente los detalles llenos de interés que nos suministran.



R. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

VI.

Una gran parte, y por cierto la mas ilustrada de los cristianos de Córdoba, no se quejaba de su suerte: no se los perseguía, se les permitía el libre ejercicio de su religion, y con esto estaban satisfechos (1) Muchos de ellos servian en el ejército, otros tenian empleos lucrativos en la Corte ó en los palacios de los grandes señores árabes. (2) Ellos imitaban todo lo que veian hacer á sus amos; unos mantenian un haren (3)

(1) Eulógio, «*Memoriale Sanctorum,*» p. 248; Alvaro, «*Indic. lumin.,*» p. 225.

(2) Eulog. id. L. II, c. 2, 3; L. III, c. I; Alvaro, «*Indic. lumin.,*» p. 225, 273,

(3) Samson, Apolog. L. II, c. 6.

otros se entregaba á un vicio abominable, desgraciadamente frecuente en los países orientales. (1) Fascinados por el brillo de la literatura arábica, los hombres de gusto menospreciaban la latina, y no escribían sino en la lengua de los vencedores. Un autor de la época, mas patriota que la mayoría de sus conciudadanos, se queja de ello amargamente. «Mis correligionarios, dice, se complacen en leer las poesías y las novelas de los árabes: (2) estudian los escritos de los filósofos y teólogos musulmanes, no para refutarlos, sino para formarse una dición arábica correcta y elegante. Dónde se encuentra ya un lego que lea los comentarios latinos de las santas Escrituras?Cuál de ellos estudia los Evangelios, los profetas y los apóstoles? ¡Ay! todos los jóvenes cristianos que se distinguen por su talento, no conocen más que la lengua y la literatura de los Árabes, reúnen con grandes desembolsos inmensas bibliotecas, y publican don-

(1) Id. «ibid.» L. II, c. 2, 6.

(2) El manuscrito de Alvaro, (p. 273 de la edición de Flores) contiene: «Et dum eorum versibus et fabellis mille suis delectamus.» En lugar de «mille» Flores lee «millé,» sin notar que el autor hubiera escrito en este caso «eorum» y no «suis.» Debe leerse «Milesiis.»

de quiera, que aquella literatura es admirable. Habladles, por el contrario, de libros cristianos, y os responderán con menosprecio que son indignos de su atención. ¡Qué dolor! Los cristianos han olvidado hasta su lengua, y apenas entre mil de nosotros se encontraría uno que sepa escribir como corresponde una carta latina á un amigo, pero si se trata de escribir en árabe, encontrarás multitud de personas que se espresan en esta lengua, con la mayor elegancia, y que componen poemas preferibles, bajo el punto de vista artístico, á los de los mismos árabes (1)

Por lo demás, esta predilección por la literatura arábica no tiene nada de notable. No se poseían en Córdoba las obras de los grandes poetas de la antigüedad, (2) los libros de Teología no tenían gran atractivo para las gentes de mundo, y la literatura contemporánea llevaba el sello de una extrema decadencia. Se escribían aun versos latinos pero como se habían olvidado las reglas de

(1) Álvaro, «Indic. lumin.» p. 274, 275,

(2) Para los cordobeses, la Eneida de Virgilio y las Sátiras de Horacio y de Juvenal, que Eulogio trajo de Navarra en el año 848, fueron novedades.

la cantidad, (1) eran versos rimados llamados «rítmicos» (2) en los que no se atendía más que al acento, y que además estaban escritos en un estilo al par pretencioso y descuidado.

Más que semi-arabizados, los cristianos de Córdoba, se acomodaban muy bien á la dominación extranjera. Pero esta regla tenía sus excepciones. El sentimiento de dignidad nacional y el respeto de sí mismo no se habían extinguido en todos los ánimos. Algunos espíritus generosos, que desdeñaban introducirse é instalarse á fuerza de impudencia ó de habilidad, en los palacios de los grandes, bramaban de indignación, pensando que su ciudad natal, que llevaba aun con orgullo su antiguo título de patricia, (3) era ahora la residencia de un Sultan, y envidiaban la suerte de los pequeños estados del norte de la Península, que si es verdad que tenían que sostener una guerra continua, al menos, libres del yugo árabe, estaban gobernados por príncipes

(1) Véase Álvaro «Vita Eulogii,» c. 4.

(2) Alvaro, «Vita Eulogii,» c. 2. Compárese con Sharon Turner, «History of the Anglo-Saxons», t. III, p. 655.

(3) Isidoro de Beja, c. 36; Eulogio, «Memor. Sanct.» L. II, c. I; «Apolog. Martirum,» p. 314.

cristianos. (1) Á estos patrióticos sinsabores, se juntaban á veces agravios bien reales. Los Sultanes daban de tiempo en tiempo órdenes que debian herir profundamente la vanidad y las convicciones religiosas de los cristianos; por ejemplo: habian declarado la circuncision igualmente obligatoria para ellos que para los musulmanes. (2) Pero los que sobre todo estaban descontentos eran los sacerdotes. Profesaban á los musulmanes un ódio instintivo tanto más fuerte, cuanto que tenian ideas equivocadas acerca de Mahoma y sus doctrinas. Nada les hubiera sido más fácil, viviendo entre los Árabes, que enterarse de esto, pero rehusando obstinadamente beber en las fuentes que se hallaban á su alcance, se complacian en creer y repetir todas las fábulas absurdas que se habian esparcido fuera, acerca del Profeta de la Meca. No es en los escritos arábigos donde Eulogio, uno de los sacerdotes más ilustrados de esta época, y bastante familiarizado con el árabe para poder leer sus obras históricas en esta lengua, vá á buscar datos para la vida de Ma-

(1) Eulogio, «Epistola ad Wiliesindum,» p. 330.

(2) Álvaro, «Indic. lumin,» p. 273; Samson, Libro II, c. 4.

homa, sino en un manuscrito que la casualidad pone en sus manos en un convento de Pamplona. Allí entre otras cosas se leía que sintiendo Mahoma aproximarse su fin, predijo que á los tres días de muerto vendrían los ángeles á resucitarlo. Por consiguiente, cuando el alma de Mahoma hubo descendido á los infiernos, sus discípulos velaron asiduamente el cadáver, esperando el milagro; pero al fin del tercer día no viendo venir á los ángeles, y creyendo que lo impedía su presencia al lado del cadáver, que ya exhalaba un olor fétido, se marcharon. Entónces en lugar de ángeles acudieron perros; (1) que comenzaron á devorarlo. Lo que quedaba fué sepultado por los musulmanes, que para vengarse de los perros resolvieron matar todos los años gran número de estos animales. «Hé aquí, esclama Eulogio; hé aquí los milagros del Profeta de los musulmanes.» (2) No se conocian mejor las doctrinas de Mahoma. Que los sacerdotes, nutridos con ideas ascéticas, y á quienes estaba prohibido el amor de la mujer se ofendieran porque Mahoma había autorizado la

(1) Vice angelica canes ingressi.

(2) «Apolog. martyrum,» p. 312, 313.

poligamia, y sobre todo, por sus ideas acerca del Paraíso celeste, con sus hermosas vírgenes, (1) nada más natural; pero lo singular es que imaginaban que había predicado precisamente lo contrario que el Cristo. Este enemigo de nuestro Salvador, dice Alvaro, ha consagrado el sexto día de la semana, que por causa de la Pasión de nuestro Señor debe ser un día de duelo y de ayuno, á la gula y á la lujuria. El Cristo ha predicado la castidad á sus discípulos: él ha predicado á los suyos los deléites groseros, los placeres inmundos, el incesto. El Cristo ha predicado el matrimonio, él, el divorcio. El Cristo ha recomendado la sobriedad y el ayuno, él los festines y los placeres de la mesa. (2) El Cristo, dice Alvaro en seguida, y sería muy difícil hallar en el Nuevo Testamento las palabras que pone aquí en boca del Señor, el Cristo ordena «que durante los días de ayuno el esposo se abstenga de su esposa lejítima; él ha consagrado especialmente estos días á los placeres de la carne.» (3) Por poco al corriente que hubiera estado Alvaro de lo que pasaba entonces en

(1) Alvaro, «Indic. lumin.», p. 352, 353.

(2) «Indic. lumin.», p. 270.

(3) P. 271.

la corte, debía saber que Yahya había impuesto una dura penitencia á Abderramen II, cuando este monarca faltó á los mandamientos de Mahoma, acerca de la abstinencia de mujeres durante el mes de ayuno. (1)

Así se formaban los sacerdotes una idea completamente equivocada de la religion mahometana. En vano les decian aquellos de sus correligionarios que la conocian mejor, que Mahoma habia predicado una moral pura; (2) trabajo perdido: las jentes de iglesia continuaban poniendo al islamismo en la misma línea que al paganismo romano, considerándolo como una idolatría inventada por el diablo. (3)

Mas no es en la religion musulmana donde debe buscarse el motivo principal de su aversion, sino en el carácter de los árabes. Este pueblo que juntaba á una viva y franca alegría una sensualidad refinada, debía inspirar á los sacerdotes que gustaban de los retiros eternos y escondidos, de los grandes sacrificios y de las terribles expiaciones, una estrema é invencible repugnancia.

(1) Véase Ibn-Khallican, Fasc. X. p. 20, ed. Wüstenfeld.

(2) Eulogio, «Apolog. martyrurum,» p. 311.

(3) Eulogio y Álvaro, «passim.»

Los sacerdotes además estaban abrumados con vejaciones continuas. Si los musulmanes de las clases elevadas eran demasiado ilustrados y buenos políticos para insultar á los cristianos por su religion, el populacho era intolerante como en todas partes. Cuando encontraba á un clérigo en la calle, le gritaban: «mira el loco;» y le cantaba una cancion cuya letra era un elogio irónico de la cruz, mientras que los chiquillos le tiraban á la cabeza piedras y tiestos. En los entierros, los sacerdotes oian decir: «Aláh, no tengas piedad de ellos! y la basura y los guijarros llovian al mismo tiempo sobre el acompañamiento. Cuando las campanas de las iglesias tocaban las horas canónicas, los musulmanes decian moviendo la cabeza. «Pueblo simple y desdichado, que se deja engañar por sus sacerdotes! Maldiga Aláh á esos impostores!» Para muchos musulmanes los cristianos, ó por lo ménos sus sacerdotes eran objeto de repugnancia; cuando tenian que hablarles, se mantenian á distancia, para que no les tocaran sus vestidos. (1) Y sin embargo, estos infelices que causaban horror, á quienes se consideraban como im-

(1) Eulogio, «Memor. Sanct.», p. 247; Alvaro, «Indic. lumin.», p. 229, 230.

puros, de los que se huía como de apes-
tados, que veían cumplida la profecía de
Jesus que había dicho á sus discípulos:
«Vosotros sereis odiados de todos á causa
de mi nombre:» se acordaban muy bien
que cuando el cristianismo dominaba en el
pais en donde admirables iglesias se eleva-
ban donde quiera su órden había sido el
más poderoso del Estado. (1)

Heridos en su orgullo, exasperados por
los ultrajes que recibían, é impelidos por
una necesidad febril de actividad, los sa-
cerdotes, los monjes y el escaso número de
legos, que como ellos pensaban, no se resig-
naron á sufrir en silencio, á hacer estériles
votos, á dejar que la cólera les royera
las entrañas. En las ciudades bastantes apar-
tadas del centro del poder musulman, para
poder levantar con éxito la bandera de la
rebelion, estos hombres apasionados y ar-
dientes habrían sido soldados, en las montá-
ñas, hubieran llevado la vida independien-
te del partidario y del bandido, y soldados
en Toledo, ó guerrilleros en la Serranía de Má-
laga, habrían sostenido contra los musul-
manes una guerra á muerte. En la residencia

(1) Eulogio, «Memor. Sanct.», p. 250, in fine.

del Sultan, donde toda la rebelion á mano armada era imposible, se hicieron mártires.

Para sustraerse á los insultos del populacho, los clérigos, no salian de su casa sino en caso de absoluta necesidad. (1) Muchas veces se fingian enfermos, y se quedaban en cama todo el dia, á fin de librarse de pagar la capitacion que el fisco exigía á fin de cada mes. (2) Condenándose así á largas reclusiones, y á una vida solitaria y contemplativa, siempre replegada sobre sí misma, atesoraban en silencio y con una especie de voluptuosidad, tesoros de ódio; se felicitaban de odiar más cada dia, y de cargar su memoria con nuevos agravios. Levantábanse despues de puesto el sol y en el silencio solemne y misterioso de la noche, al débil é indeciso resplandor de una lámpara (3) se ponian á leer alguna parte de la Biblia, sobre todo, el capítulo décimo de San Mateo, los Padres de la Iglesia y la Vida de los Santos, que eran casi los únicos libros que conocian. Leian que Cristo había dicho: «Id y enseñad á todas las naciones: lo que

(1) Eulogio. «Memor. Sanct,» p. 247.

(2) Leovigildo, de «Habitú Clericorum,» (Esp. Sagr., t. XI, p. 523.

(3) Leovigildo, «lócó laudato.»

os digo en las tinieblas, decidlo á la luz. Lo que os digo al oido, predicadlo en las casas. Os envió como corderos en medio de lobos. Sereis llevados delante de los gobernadores y delante de los reyes, á causa de mí, para que deis testimonio de mí. No temais á los que matan el cuerpo, pero que no pueden matar el alma: temed mas bien á el que puede perder el alma y al cuerpo arrojándolos al gehenna.» (1) Leian además en grandes Doctores, que aquellos gozarán especialmente de la felicidad de los elegidos, que cuando se oculta no es un crimen, se ofrecen al martirio voluntariamente. (2) Mas lo que inflamaba principalmente la enferma imaginacion de los sacerdotes, era el ejemplo de aquellos santos varones que habian sido probados por la persecucion de los paganos, y que léjos de evitar el martirio estaban ávidos esta muerte sagrada. (3) Ocupados en la asídua admiracion de estos mártires de la fé, sentian arder en su alma la necesidad imperiosa de imitarlos. Sentian no ser perseguidos y pedian á voces la ocasion de hacer un gran acto de fé que tantos

(1) Eulogio, «Memor. Sanct.», p. 240.

(2) Eulogio, p. 249.

(3) Eulogio, «Ibid.»

otros siervos fieles de Dios habían hallado en los primeros tiempos de la Iglesia.

Este partido exaltado y fanático obedecía al impulso de dos hombres notables: el sacerdote Eulogio y el lego Alvaro.

Eulogio pertenecía á una antigua familia cordobesa, que se distinguía tanto por su adhesion al cristianismo como por su odio á los musulmanes. Su abuelo que se llamaba tambien Eulogio, cuando oia á los muezines anunciar desde la alto de los minarettes la hora de la oracion, tenía la costumbre de hacer la señal de la cruz y entonar estas palabras del salmista: ¡Oh Dios! no guardes silencio y no te calles! Porque hé aquí que tus enemigos zumban y los que te ódian han levantado la cabeza! (1) «Sin embargo, por grande que fuera la aversion de esta familia á los musulmanes, José el mas jóven de los tres hermanos de Eulogio, entró de empleado en las oficinas de la administracion. Sus otros dos hermanos, se dedicaron al comercio. (2) Una de sus hermanas llamada Anulona tomó el velo: Eulogio fué destinado á la Iglesia desde muy

(1) Eulogio, «Apolog. Martiyr,» p. 313.

(2) Véase Eulogio, «Epit. ad Willisindum.

temprano, Educado entre los sacerdotes de la Iglesia de S. Zóilo, estudió noche y día con tanta aplicacion, que excedió bien pronto, no solo á sus condiscípulos, sino á sus maestros. Entónces, ardiendo en deseos de aprender lo que estos no podian enseñarle, pero temiendo ofenderles si les manifestaba su secreto deseo, no les dijo nada, pero saliendo á escondidas, iba á asistir á las lecciones de los más famosos doctores de Córdoba, y sobre todo á las del elocuente abad Spera in-Deo, (1) autor de una refutación de las doctrinas musulmanas (2) y de la narracion del martirio de dos decapitados al principio del reinado de Abderramen II. (3)

Este celoso doctor ejerció el mayor influjo sobre el espíritu del jóven Eulogio, él fué quien le inspiró un ódio sombrío y feroz contra los musulmanes que le distinguió toda su vida. Tambien en el auditorio de Spera in-Deo fué donde hizo conocimiento con Álvaro, jóven y rico cordobés que aunque no se dedicaba á la Iglesia, seguia asiduamente los cursos del célebre abad

(1) Álvaro, «Vita Eulogii,» c. 2.

(2) Eulogio, cita un fragmento de este mismo mismo libro en su «Memor. Sanct,» p. 241, 242.

(3) Eulogio, «Memor. Sanct,» p. 267.

de cuyas ideas participaba. Eulogio y Álvaro, estaban hechos para comprenderse y estimarse, pronto se estableció entre ellos una estrecha amistad, y escribiendo ya en una edad ya muy avanzada la biografía de su amigo, Álvaro se detiene con complacencia en el tiempo en que él y su discípulo se juraban una eterna amistad, en que estaban pendientes de los lábios del gran doctor con que se envanecía la Bética y en que su más dulce ocupacion era escribir cartas y versos; volúmenes que destruirían mas tarde á pesar de los encantadores recuerdos que despertaban por miedo de que la posteridad no los juzgara por estas imperfectas producciones, de una musa entusiasta. (1)

Hecho primero diácono, luego sacerdote de la Iglesia de S. Zóilo, Eulogio se concilió por sus virtudes, la benevolencia de todos los que le conocían. Gustaba de frecuentar los cláustros en los que ejerció bien pronto gran influencia, y llevando su piedad á una singular exaltacion maceraba su cuerpo con ayunos y vigiliass, pidiendo á Dios como favor, que libertándole de

(1) Álvaro, «Vita Eulogii,» c. 2.

una vida que para él era una carga, le hiciera entrar en la beatitud de los elegidos. (1)

Sin embargo, esta vida tan austera, fué iluminada por un dulce rayo de amor; pero este amor era tan casto y tan puro en su santa sencillez, que Eulogio mismo no se daba cuenta de él, y que sin pensar en ello lo confiesa con un candor hechicero.

Habia entónces en Córdoba, una bellissima jóven llamada Flora, cuyo carácter tenía con el de Eulogio misteriosas afinidades. Hija de un matrimonio misto pasaba por musulmana, pero como era huérfana de padre desde su más tierna infancia, su madre la habia educado en el cristianismo. Esta muger piadosa, habia desarrollado en ella un vivo amor á las cosas santas, pero su hermano como zeloso musulman que era, espiaba todos sus pasos de modo que por día ir rara vez á misa. Esta sujecion le pesaba y se preguntaba sino era pecado hacerse pasar por musulmana cuando leía en su amadísima Biblia: «Al que me confiese delante de los hombres, yo le confesaré tambien delante de mi padre que está en

(1) Álvaro, «Vita Eulogii,» c. 3.

los cielos, mas el que me niegue delante de los hombres, yo le negaré tambien delante de mi padre que está en los cielos!» Fuerte y valerosa, fiera é intrépida, era un ser organizado para una resistencia indomable, un carácter enérgico, emprendedor y amante de los partidos extremos. Tomó bien pronto su resolucion. Á hurtadillas de su hermano, abandonó la casa, acompañada de su hermana Baldegotona, que participaba de su opinion. En vano la buscaba su hermano en todos los conventos; en vano hacía prender á todos los sacerdotes que suponía tenerlas ocultas, cuando Flora, que no quería que los cristianos fuesen perseguidos por su cáusa, volvió espontáneamente á su casa, y presentándose á su hermano, le dijo: «Tú me buscas, tú persigues al pueblo de Dios por cáusamial pues bien, héme aquí! Me presento á tí y te digo altamente, porque estoy orgullosa de ello: sí, tus sospechas son fundadas; sí, yo soy cristiana. Ensayá si te atreves á separarme de Cristo con los suplicios: yo sabré soportarlo todo.

—¡Desgraciada! dijo su hermano: ¿nos sabes que nuestra ley castiga al apóstata con pena de muerte?—Sí, respondió Flora, pero sobre el cadalso diré con la misma firmeza:

Jesus, mi Señor, mi Dios, llena de amor para tí muero dichosa! Furioso con esta obstinacion el musulman, tuvo la crueldad de pegar á su hermana, pero Flora tenía una de esas organizaciones escepcionales en que el dolor físico parecía no hacer mella, y viendo su hermano que su brutalidad no le servía de nada, ensayó persuadirla con dulzura. No consiguió más. Entónces, la llevó delante del Cadí: «Juez, le dijo, hé aquí á mi hermana que había siempre honrado y practicado conmigo nuestra santa religion, hasta que los cristianos la han pervertido, la han inspirado menosprecio á nuestro Santo Profeta, y la han hecho creer que Jesus es Dios.—«Es verdad lo que dice nuestro hermano? le preguntó el Cadí.—¿Y qué, respondió ella, llamais mi hermano á ese impío? No lo es, yo no lo reconozco!—Lo que acaba de decir es falso, yo no he sido nunca musulmana. Á quien hé conocido, á quien hé adorado desde mi más tierna infancia es á Cristo. Ese es mi Dios y jamás tendré mas esposo que él »

El Cadí hubiera podido condenarla á muerte, pero movido acaso por la juventud y la belleza de Flora y creyendo sin duda que un castigo corporal sería suficiente

para volver al redil esta oveja descarriada mandó á dos agentes de policía que estendieran los brazos de la jóven, y le desgarró la nuca á latigazos. Despues, entregándosela á su hermano, más muerta que viva, le dijo: «Instruidla en nuestra ley, y si nó se convierte, traédmela.»

De vuelta en su casa, el musulman hizo cuidar á su hermana por las mujeres de su haren.

Por miedo de que se escapara segunda vez, tuvo gran cuidado de tener cerradas todas las puertas, pero como una pared muy alta rodeaba todos los departamentos de que se componía la casa, juzgó inútil tomar otras precauciones. Olvidaba que una mujer tan valerosa como Flora, no se detenía por ningun obstáculo. Á los pocos días, apenas cerradas sus llagas, se creyó lo bastante fuerte para intentar escaparse. Á favor de la noche se encaramó en un departamento que daba sobre el corral; de allí escaló ligeramente la muralla y dejándose caer al suelo, llegó hasta la calle sin tropiezo. Caminando al azar en las tinieblas, tuvo la suerte de llegar á casa de un cristiano conocido. Allí estuvo oculta por algun tiempo; allí conoció á Eulogio por

primera vez. (1) La belleza de Flora, la irresistible seducción de sus palabras y de sus maneras, (2) su firmeza inquebrantable en los sufrimientos, su firme piedad y su exaltación mística, todo ejerció un poder verdaderamente magnético sobre la imaginación del joven sacerdote, por habituada que estuviera á temerse y reprimirse. Conoció por Flora una amistad exaltada, una especie de amor intelectual, un amor como debe sentirse en la mansión de los ángeles, allí donde solo las almas arden en santos deseos. Seis años despues, se acordaba aun hasta de las menores circunstancias de esta primera entrevista. Léjos de haberse debilitado su recuerdo, parece haberse aumentado con la edad y héchose más vivo, testigo estas palabras apasionadas que escribía entonces á Flora: «Tú te has dignado santa mujer, hace mucho tiempo enseñarme tu nuca desgarrada por las varas, y privada de la bella y abundante cabellera que ántes la cubría. Es que tú me considerabas como tu padre espiritual, y que me creías puro y casto como tú misma. Suavemente puse mis

(1) Eulogio, «Memor. Sanct.», p. 265, 266.

(2) Specie decoris et venustate corporis nimium florens. El mismo «ibid.»

manos sobre tus llagas; hubiera querido curarlas oprimiéndolas con mis lábios, mas no me atreví... Al dejarte, me quede pensativo, y suspiraba sin cesar. (1)

Temiendo ser descubierta en Córdoba, Flora acompañada de su hermana Baldegotona, fué á esconderse en otra parte. Luego diremos dónde; como Eulogio la volvió á encontrar.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

(1) Docum. mart., p. 325.

VII.

Mientras que los cristianos celosos de Córdoba se hallaban entregados á los penosos sueños de una ambicion alimentada en las sombras, y agriada con la inaccion, ocurrió un suceso que duplicó si era posible sus ódios y su fanatismo

Un sacerdote de la Iglesia de S. Asisclo, llamado Perfecto, había salido un dia á sus negocios particulares, cuando se le acercaron unos musulmanes, porque hablaba el árabe bastante bien. No tardó en recaer la conversacion sobre materias religiosas, y los musulmanes le preguntaron lo que opinaba de Mahoma y de Jesus. «En